

*Juan A. Gómez Barrera*

# El Ateneo de Soria

Conferencia impartida en el Salón Gerardo Diego del Círculo Amistad  
Numancia, el 10 de Diciembre de 2009, con motivo  
del inicio de la 5ª época de la institución.



*Círculo Amistad Numancia  
Fundación Científica Caja Rural*

SORIA 2009



*Juan A. Gómez Barrera*

# El Ateneo de Soria

Conferencia impartida en el Salón Gerardo Diego del Círculo Amistad  
Numancia, el 10 de Diciembre de 2009, con motivo  
del inicio de la 5ª época de la institución.



*Círculo Amistad Numancia  
Fundación Científica Caja Rural*

SORIA 2009

© Círculo Amistad Numancia,  
Fundación Científica Caja Rural,  
Juan A. Gómez-Barrera

1ª edición: diciembre 2009  
Edita: Caja Rural de Soria  
Imprime: Gráficas Naserbe  
Diseño gráfico y maquetación: Alfonso Pérez Plaza  
ISBN: solicitado pendiente de confirmación  
Depósito Legal: SO-146/2009  
Printed in Spain

*A Nicolás Rabal, Benito Ruiz  
Zalabardo, Jerónimo Rubio, Alfredo  
Gómez Robledo y Mariano Íñiguez  
presidentes que fueron del Ateneo de  
Soria en sus diferentes etapas, en el  
recuerdo más honorable.*

*A cuantos como Adán Alonso y  
Mariano Zaforas –primero y último  
de las listas conservadas de socios del  
Ateneo de Soria- formaron parte de la  
institución en sus respectivas etapas.*

*Y a todos aquellos que consideran la  
cultura como fuente de humanismo y  
de desarrollo integral.*



# Presentación

De todos es sabido que entre 1883 y 1936 contó Soria con un ateneo, adscrito en buena parte de su existencia al Casino de Numancia. En sus inicios, con Nicolás Rabal como presidente, apenas fue una sección de la Sociedad, encargada de la organización y desarrollo de alguna que otra velada literaria y musical. Más tarde, en vísperas del desastre de fin de siglo, pretendió ser “un ateneo científico-literario”, y algo de eso fue entre los años 1896 y 1897, donde destacó la figura del filósofo soriano Antonio Pérez de la Mata.

Es posible que la muerte de Rabal, acaecida el 28 de septiembre de 1898, y la del insigne Pérez de la Mata, ocurrida el 4 de julio de 1900, dejaran “viuda” tan sugerente idea. Mas otras gentes –Gerardo Escudero, Vicente Tejero, Maximino de Miguel, Benito Artigas Arpón, Mariano Granados y Campos, Benito Ruiz Zalabardo y Mariano Íñiguez- y otros jóvenes “más viejos” –como Bonifacio Monge y Juan José García- supieron retomar aquella en 1901 y recrear, por tercera vez, el Ateneo Soriano. Y sin embargo, pese al intenso invierno de 1902 cargado de actividades,

volvió a desaparecer la institución que parecía estar destinada a mantener viva la llama cultural de la ciudad.

Entre 1902 y 1918 hubo muchos intentos por avivar aquella anhelada idea, pero esta no cobró forma hasta el 12 de mayo del último año señalado en que una nueva generación de sorianos de la tierra –Gervasio Manrique, José Tudela, Blas Taracena, Mariano Granados, Jerónimo Rubio, Ángel del Río, Bernabé Herrero- y de fuera –Virgilio y Francisco Soria, Pedro Chico, Alfredo Gómez Robledo, Pelayo Artigas, Gerardo Diego-, unidos a “viejos” ateneístas como Mariano Íñiguez, Santiago Gómez Santacruz, Teodoro Ramírez, Pascual Pérez Rioja..., hicieron patria común y la revistieron de nuevo con fines precisos y objetivos claros. Querían “satisfacer la curiosidad intelectual de sus asociados”; que estos investigaran o “hicieran un inventario de todas las riquezas espirituales y materiales” de que disponía la provincia; y que todos ayudaran a “divulgar” los conocimientos adquiridos con la pretensión de “elear el nivel cultural” de sus conciudadanos.

El Ateneo de Soria de 1918 –que se prolongó, con cierta languidez en algún que otro tiempo, hasta el inicio de la Guerra Civil- construyó, con las cuotas de sus miembros y las donaciones y préstamos de estos mismos, una biblioteca fija, y a la vez circulante, que se convirtió en la base angular de la entidad; organizó conciertos y veladas teatrales; y a partir de su “cátedra” –asentada en los salones del propio Casino, en el Teatro Principal o, en sus últimos



años, en el Cine Ideal- impartieron docencia cerca de un centenar de conferenciantes.

Hoy, desde la presidencia del Círculo Amistad Numancia y el patrocinio de la Fundación Científica Caja Rural de Soria, más que impulsar una nueva etapa del antiguo Ateneo de Soria –tarea que en los tiempos que corren parece imposible- se pretende recordar algo del espíritu de aquellas épocas. Nos basta con evocar, con recuperar la memoria, con no olvidar el retrato de aquellos ateneístas y lo que, mucho o poco, hicieron por esta tierra. Y entendemos, con humildad y sin arrogancia, que esta tarea ha de hacerse desde nuestro propio esfuerzo intelectual, explicando a nuestros iguales y legando a nuestros paisanos venideros lo que nosotros, gentes de fines del siglo XX y principios del XXI, seamos capaces de aprender.

*Adolfo Sainz Ruiz,  
Juan M. Ruiz Liso y  
Juan A. Gómez-Barrera*



## El Ateneo de Soria

Todo acabó con la guerra. O al menos, todo lo relacionado con el Ateneo de Soria. Ciertamente que desde el comienzo del bienio radical-cedista, la actividad de la Institución había quedado limitada al rutinario pago de las suscripciones de libros y revistas previamente contratadas, al uso indiscriminado de la Biblioteca por parte de sus asociados y al cobro, mensual, de las cuotas de pertenencia. Estas, incluso, quedaron interrumpidas en octubre de 1935. Y sin embargo todo hace pensar que, sin la guerra, la Sociedad habría seguido su camino, habrían vuelto las conferencias y las veladas culturales a sus salones, y el ciclo natural de la vida habría repuesto, con nuevas incorporaciones, las bajas biológicas o las ausencias. Pero la guerra..., la guerra trajo la división, los fusilamientos, los expedientes de depuración, la huida... La guerra intensificó la marcha de unos, la muerte de otros, el miedo de todos. No trajo un nuevo país, ni una nueva ciudad; trajo violencia y represión, abandono y miseria. Trajo preocupaciones más vitalistas que aquellas

otras, de tiempo atrás, que permitían a un grupo, elitista o no, de clase o sin ella, reunirse en torno a un libro, a un poema o a un discurso felizmente trazado.

Si en abril de 1939 aún quedaban intelectuales en Soria, a buen seguro que en ellos se habría instalado, sin que lo sospecharan, cierta *resistencia silenciosa* mezclada con el deseo de *olvidar el pasado siempre presente*. Una y otro, juntos o por separado, no impedirían que, andando el tiempo, se reanudaran las tertulias, pero sí que se abrieran las puertas del Ateneo, cuya memoria parecía haberse perdido.

Tras la guerra, el único lenguaje posible era el lenguaje de la victoria. Y los ateneístas sorianos, pese a que muchos de ellos se situaron o se encontraron circunstancialmente en el bando “bueno”, estuvieron muy lejos de aquella, de tal manera que para algunos olvidar el pasado fue más una necesidad que una consigna. Y así, sin que nadie pudiera remediarlo, el Ateneo de Soria, una institución que por aquellas dramáticas fechas habría cumplido medio siglo de vida, quedó absolutamente enterrado. Cuanto en él se había dicho, escenificado e interpretado se ignoró de inmediato y el olvido se fue apoderando de sus gentes, tanto que, en sus escasos escritos posteriores, difícil resulta encontrar una mínima referencia.

Del Ateneo de Soria escribió Gerardo Diego una pequeña reseña en *La Tarde*, allá por febrero de 1948, recordando la puesta en escena de *El vergonzoso en palacio*. Volvió a hacerlo, por la misma representación y por sus

charlas-concierto, en sendos artículos publicados en *Arriba*, con fecha 21 de febrero de 1975 y 25 de julio de 1976. Y, por fortuna, no se olvidó de tan querida institución cuando nos presentó su *Soria Sucesora*, el 16 de octubre de 1981 en la Biblioteca Pública. Lo hizo asimismo Pedro Chico, y Francisco Terrel, ambos en breves y a veces confundidas citas dentro de sus artículos memorísticos aparecidos en la primera época de *Revista de Soria* (1968-1974).

En buena parte, la guerra acabó también con la prensa, aquella que había acompañado en casi todo su viaje al Ateneo. Si en 1934 desapareció *El Porvenir Castellano*, el 30 de junio de 1936 lo hizo *La Voz de Soria*, periódico en cuyos últimos editoriales se había dejado entrever la posibilidad real de “un golpe de fuerza triunfante”. En 1939, el 31 de julio exactamente, salió por última vez, sin anuncio previo ni despedida alguna, *Noticiero de Soria*. Y el sábado 30 de octubre de 1942, *El Avisador Numantino* alegaría “dificultades de orden legal” para justificar su cierre, 82 años después de que las dos primeras palabras de su nombre se hubieran estampado en la cabecera de un periódico. Paralelamente, y sin solución de continuidad, fueron surgiendo otros, alejados, eso sí, de la tradición periodística soriana. Lo hizo primero *Labor*, el sábado 8 de diciembre de 1934, arropado por los “grandes principios de Religión, Patria, Familia, Trabajo y Propiedad” y la promesa de que lo hacía “en Soria, por Soria y para Soria”. *Labor* asumió los adelantos de la técnica —la incorporación de la mancha en color,

principalmente-, de la profesión –su correcta estructuración en secciones- y el compromiso político, con la CEDA, al comienzo, y con Falange, después. Le substituyó, no obstante, *Duero*, el 23 de noviembre de 1942, recogiendo en su totalidad la herencia de aquel. Y a éste, cuando apenas había superado los 800 números, le reemplazaría *La Voz de Castilla*, que, editada en Burgos, dedicaría a Soria una única página. Luego *Campo*, el “periódico agrario de información general y defensor de la provincia”, llegaría en diciembre de 1946; y desde 1960, primero como *Hogar y Pueblo* y cuatro años más tarde como *Soria-Hogar y Pueblo*, arribaría a la ciudad, bien que transformada, la hoja parroquial burgense *El Faro del Hogar*.

El signo de los tiempos era claro. La ciudad crecía en población –de 13.054 habitantes en 1940 se pasaría a 25.025 en 1970-, a costa de un mayor desarrollo de sus funciones administrativas y de la llegada de un alto porcentaje del éxodo rural. La provincia, por el contrario, experimentaba un espectacular descenso demográfico, que le hacía perder, en treinta años, 44.968 personas, reduciendo así los 159.824 habitantes de 1940 a 114.856 en 1970. Al exilio intelectual –más o menos amplio y forzado- se añadía, con mayor trascendencia para la supervivencia de la ciudad y de la provincia, la enorme emigración del campo, explicable más por la parcial transformación agraria que por la atracción ejercida por otras zonas españolas de rápida industrialización.

Y sin embargo, y como siempre, en Soria nada parecía suceder, por más que se hubieran encadenado acontecimientos vitales para su existencia social y cultural. Se multiplicaron los homenajes y ceremonias de hermanamiento entre Numancia y Sagunto. Se inauguró, de forma solemne, la nueva Iglesia de los PP. Franciscanos (25 de mayo de 1940). Se puso en circulación el ferrocarril Soria-Castejón (30 de septiembre de 1941). Se proyectó, trazó y ejecutó la carretera de subida al castillo (abril de 1943), a la vez que se colocaba el monumento al Sagrado Corazón de Jesús realizado por el escultor madrileño Luis Hoyos González (diciembre de 1944). Se empezó la urbanización del Campo del Ferial (junio de 1944), mientras se terminaba “la construcción del mejor Campo de Deportes de Educación y Descanso de España” en el alto de la dehesa de San Andrés (28 de junio de 1945). Y, en fin, se anunció en la primera plana del número 391 de *Campo* (14 de julio de 1949) que antes de la finalización de aquel mismo mes “comenzarían las obras del túnel de Piqueras”. Pequeñas y constantes mejoras, junto con promesas incumplidas, que se irían sucediendo año tras año, en un lento caminar, claro recordatorio de los que había sido, y no dejaría de ser, una tradición de largo peso y perenne uso.

Se ha dicho, lo ha escrito recientemente Jordi Gra-  
cia, que el espacio inmediato a la guerra, los años grises y  
sórdidos de 1939 a 1955, constituyeron la más pobre etapa  
cultural de la Historia de España. Y sin embargo, en Soria,

ya fuese por responder a un trabajo anterior no ejecutado o por la resistencia y el dolor producido por la propia brutalidad triunfalista y devastadora de la primera posguerra, asistimos entonces a la publicación de obras tan singulares como la *Carta Arqueológica de Soria* (1941), *El Románico en la Provincia de Soria* (1946) y *El Santero de San Saturio* (1953). La primera, tarea impagable de Taracena y en la que creemos ver parte de la actividad ateneísta soriana de la década de los veinte y primera mitad de los treinta, fue durante largo tiempo referente nacional; la segunda, tesis doctoral de Juan Antonio Gaya Nuño, además de hito en la investigación artística del país, marcó el proceder intelectual del personaje más importante del siglo XX soriano; y la tercera, quincenario novelado y de ficción del mismo autor, reflejaba en prosa lo que hasta entonces solo había conseguido transmitir la poesía: el paisaje, el ser y el sentir del soriano. Incluso, en esos imprecisos años, vieron la luz obras como *Ecos de la Soria Vieja* de Teodoro Rubio (1946), *La Tarde en el Mirón* de Dámaso Santos (1947), *Soria Canta* de Aurelio Rioja (1948) y *Soria Pura* de Ángela Figuera (1949). Es más, en torno a 1950, la intelectualidad soriana, superada quizás la fractura bélica, sacó a la luz el proyectado Centro de Estudios Sorianos, institución que tendría muy presente el célebre *Recuerdo de Soria* y no olvidaba, aunque tampoco quisiera recordarlo en demasía, “el Ateneo de don Alfredo Gómez Robledo”, en frase cumplida de Clemente Sáenz García. José Tudela, alma máter de aquel legendario Ate-



neo, apoyó esta nueva iniciativa y a ella, en Soria o en la lejanía de sus destinos, contribuyeron Benito y Juan Antonio Gaya Nuño, Agustín Ruiz Cabriada, Gerardo Diego, Pedro Chico, Leopoldo Ridruejo y, por no alargar la lista, el que fuera primer Presidente del Ateneo de Soria, en su versión de 1918, Jerónimo Rubio y Pérez Caballero.

Apenas habían transcurrido quince años desde que el conflicto armado todo lo hubiera roto, interrumpido o fulminado. Nadie parecía querer mirar atrás, pero el 22 de marzo de 1957, viernes, Gerardo Diego subió al estrado del Cine Ideal, invitado por el claustro de su antiguo Instituto y por la “Asociación Musical de Soria”, y pronunció una memorable conferencia sobre su entrañable Falla, acompañada, al término de la misma y como en los viejos tiempos del Ateneo, de una magnífica interpretación al piano de “El sombrero de tres picos”.

De repente, nada parecía haber pasado. El lánguido orden soriano había vuelto a instalarse en la ciudad y entre sus gentes. En la prensa, reflejo público y algo distorsionado de la realidad, las visitas de altos dignatarios y sus declaraciones se mezclaban con modestas inauguraciones, al tiempo que, entre aquellas y estas, brotaban las promesas “únicas” y las “excelencias”, otra vez, del sorianismo. Nada había ocurrido que no fuera digno de la épica de esta tierra, y hasta algunos de los frescos de San Baudelio, aquellos que en tiempos poco afortunados nos fueron arrebatados y depositados en museos americanos, regresaban a casa, a

España, al Museo del Prado. En ese mismo orden de cosas, Rabal volvía a las librerías al ser reeditada, por la Diputación, su *Historia de Soria*. Y por si fuera poco, y como prueba evidente del progreso, aquel Palacio de la Enseñanza, que en tiempos de la ahora innumerable República reclamara Pedro Chico y *El Porvenir Castellano*, se iba a convertir en viva realidad.

Mucho tiempo después, cuando ya habían desaparecido Santiago Gómez Santacruz, Mariano Iñiguez, Blas Taracena, Alfredo Gómez Robledo, Bernabé Herrero, Ángel del Río, Virgilio Soria, Jerónimo Rubio, Mariano Granados y José Tudela, vino a pasar por Soria don Ricardo de la Cierva. Haciendo uso de su cargo, a la sazón Director General de Cultura, quiso reunirse, y así lo hizo, con “un grupo de sorianos ligados al proceso intelectual de esta ciudad”; y tras oír de estos sus quejas sobre el dirigismo y la inercia que envolvía todo acto cultural, vino a esbozar la conveniencia de que Soria contara “con un centro promotor del trabajo artístico y cultural, donde los sorianos tuvieran algo que hacer y decir”. Ese centro, no tuvo reparos en decirlo, sería un ateneo que habría de ubicarse en el Palacio de los Ríos. La noticia, bajo el titular “¿Un Ateneo para Soria?” y ausencia absoluta de mención alguna de la histórica institución aquí recordada, fue glosada por Marcos Molinero y publicada en el ejemplar del 4 de septiembre de 1974 de *Soria-Hogar y Pueblo*. Mas, como tantas otras veces, nada de lo ofrecido y escrito llegó a buen puerto y lo que

pudo haber sido la quinta fundación del Ateneo Soriano, con la ubicación definitiva de su biblioteca circulante, la conformación de un amplio, confortable y respetable salón de lectura, la reanudación de las tertulias, conferencias y veladas culturales y la creación e instalación de una real y nutrida galería de retratos que conservara, orgullosa, el paso del tiempo, hiciera justicia a tanto hombre de bien y permitiera el tránsito, sin olvidos, de una generación a otra de sorianos, se fue por donde había venido.

## I

Sin poder imaginar que un día leeríamos estas páginas en la “cátedra” del Salón “Gerardo Diego” del este Círculo Amistad Numancia que hoy nos acoge, escribimos lo que antecede como “epílogo” al libro *El Ateneo de Soria. Medio siglo de cultura y reivindicación social (1883-1936)*, que en 2004 tuvo a bien encargarnos la Asociación Cultural “Soria Edita” y en 2006 publicar en su colección “Serie Mayor”. Lo escribimos con el corazón rajado por la emoción de una institución que, como tantas otras cosas, fue pasto de la indolencia, la desazón y la barbarie de la sinrazón. Lo escribimos como alegato contra el olvido, discriminado e injusto, del bien hacer de un centenar largo de sorianos durante más de medio siglo de vida y trabajo. Lo escribimos, seguramente lo escribimos, sospechando que algún día habría una quinta salida del viejo Ateneo y aquellas páginas serían testimonio del pasado y puente de enganche entre aquel y el presente, por más que pensáramos, como pensamos, que lejos estaba nuestra condición del talante y saber de aquellos como para que nuestras páginas pudieran, si quiera, recordarles.

El libro que hace que este humilde escribiente esté hoy aquí no fue un objeto en sí mismo, como una buena parte de los presentes saben. Nació de la tarea, aún inacabada, de biografiar la vida de Blas Taracena Aguirre y de la ilusión de Reyes Juberías y sus amigos de “Soria Edita” por recrear, de forma más cercana, la actividad cultural de la Soria de los primeros años del siglo XX. La confluencia de ambas tareas nos encontró en medio, como en medio estaba el Ateneo entre tan singular arqueólogo y sus contemporáneos José Tudela, Gervasio Manrique, Mariano Granados, Virgilio Soria, Mariano Íñiguez, Gerardo Diego, Bernabé Herrero, Alfredo Gómez Robledo y tantos y tantos otros. Y descubrimos entonces que más que una tertulia —por la que se nos preguntaba y de la que a menudo se hablaba— había toda una institución de hondo peso y largo alcance. A su reconstrucción dedicamos tiempo y tiempo y si bien no levantamos el edificio que en su día se erigió —faltos de la gracia suficiente como para armonizar y amasar los ingredientes que la prensa, los archivos y las múltiples lecturas pusieron a nuestra disposición— sí conseguimos que el término “ateneo” volviera a circular entre los sorianos y que los dos últimos Presidentes del centro donde nos encontramos, en estrecha connivencia con la sanitaria visión de la vida del Dr. Ruiz Liso, se empeñaran en intentar el regreso de tamaña aventura.

No sabemos si tiene o no sentido tal ocurrencia. Tampoco si cabe la creación de un nuevo ateneo. Y menos

aún si aquellos esforzados intelectuales de entonces verían con buenos ojos semejante intromisión. Sí sabemos que una buena parte de la historia del Casino de Numancia se articuló en torno a la actividad cultural que algunos de sus asociados se empeñaron en desarrollar. Y que esa tarea, en parte, en muy buena parte, conforma un capítulo importante de la historia de esta Ciudad. ¿Tiene sentido hoy un Ateneo de Soria? ¿Es necesario? Bastaría con reproducir aquí los objetivos que en las cuatro épocas anteriores sostuvo la Sociedad para darnos cuenta que son loables, que siguen siendo útiles y que por sí solos responderían positivamente a las cuestiones planteadas. Pero también sabemos que esas labores las vienen realizando otros Centros, otros Grupos, otras Asociaciones, quizá con más modestia, pero con la misma intensidad, con los mismos anhelos y con la misma sana pretensión que en otra época lo hiciera el Ateneo de Soria.

Sepa por tanto quien nos escuche que el regreso del Ateneo de Soria es obra principal de Juan Manuel Ruiz Liso y Adolfo Sainz Ruiz; que a quien esto escribe, y dice, le cabe el honor, glorioso honor, en una dilatada investigación, de haber recuperado para las generaciones actuales algo de lo que el Ateneo de Soria debió representar entre nuestros antepasados del periodo 1883-1936; y que, por decisión de aquellos, venimos hoy a resaltar algunos pasajes de nuestro trabajo que puedan destacar —nunca resumir— las etapas más brillantes de la Entidad.

## II

En la historia del Casino de Numancia o del Casino y el Círculo de la Amistad Numancia, historia que se prolonga hasta nuestros días desde aquel lejano 1848 de su fundación, tres son los autores a los que podemos dirigirnos como antecedentes en su estudio: Bonifacio Monge, José Antonio Pérez-Rioja y José Antonio Martín de Marco. Bonifacio Monge firmó, con fecha 8 de septiembre de 1892, el primer trabajo bajo el título *El Casino de Numancia (Reseña histórica)*, que apareció poco después publicado en el núm. 3 de la 2ª época (octubre 1892) de *Recuerdo de Soria*. José Antonio Pérez-Rioja rubricó el segundo, allá por octubre de 1948, y lo tituló *Cien Años del Casino Numancia (1848-1948)*. Finalmente, la referencia historiográfica más actual viene dada por la obra de José Antonio Martín de Marco *El Casino y El Círculo de la Amistad-Numancia (1848-1992)* que, en edición de la Diputación Provincial de Soria, vio la luz en 1992.

Bonifacio Monge -farmacéutico que vivió entre 1847 y 1909, publicó en 1880 una *Memoria sobre las condiciones higiénicas de Soria* y fundó, junto a Juan José García y Pascual Pérez-Rioja, *Recuerdo de Soria*- llegó a ser presidente, en 1877, del Casino Numancia y de él nos habló como la primera sociedad de ilustración y recreo que se fundó en “esta capital de la Vieja Castilla”. Nos relató su primitiva historia y nos dio cuenta hasta del catálogo de publicaciones y libros que la institución poseía allá por 1892. No habló de ateneo alguno, pero su definición estaba implícita en la concepción que del Casino de Numancia tuvieron sus creadores al concebirlo como

*[...] una sociedad que, siendo la casa de todos, todos gozasen en ella de idénticos derechos, viniese a constituir un centro de concurrencia neutral donde el comercio intelectual, la oferta y la demanda de conocimientos, de ideas, de apreciaciones concretas... no tropezasen con obstáculos de ningún género y pudiesen ensanchar la esfera de su importancia y de su innegable cuanto provechosa influencia en la vida de relación social y en la que, además, les fuera dado a los asociados discutir, meditar y discutir con más amplitud e independencia sobre los múltiples asuntos y variados problemas que de continuo surgen en la marcha progresiva de los pueblos por lo que afecta a la política, a la administración en sus diversos órdenes, a las artes, a las letras, a las ciencias, al comercio, a la industria, etc., etc.[...]*



Cincuenta y seis años después de la edición del celebrado artículo de Monge, otro ilustre soriano, José Antonio Pérez-Rioja, recibió el encargo de glosar los cien primeros años de vida de tan venerable institución. Pérez-Rioja siguió, para ello, los pasos de su predecesor en la historiografía del Numancia, con la aportación de algún dato nuevo obtenido, según propia confesión, del Archivo Municipal, de los libros de actas del Casino, de la prensa local y de las informaciones no escritas suministradas a su persona por los ex presidentes Rafael García de Diego y José García Oñate, y por los recuerdos de su propio padre. Nuestro autor mencionó, como uno de los grandes acontecimientos de la historia del Casino, “el discurso inaugural de las veladas literarias, pronunciado en 1880 por el entonces presidente Nicolás Rabal” y, en el mismo sentido, “el proyecto de reglamento para la creación de un “Ateneo científico, artístico y literario”, que fue aprobado, quedando constituido bajo la presidencia del propio Rabal, en la Junta general de 28 de enero de 1883. Y a continuación, añadía el párrafo más preciso escrito hasta ahora sobre la sociedad objeto de este estudio:

*El antiguo Casino ha ido cambiando también. Señalemos una fecha inicial —el 12 de mayo de 1918— en la que se constituyó el “Ateneo de Soria”. Hemos visto que antes —en 1883 y luego en 1902— se había formado dentro del Casino, como una sección artística, científica y literaria del mismo, un*

*ateneo. El de 1918 era una entidad cultural independiente que sólo —y en sus primeros años— celebraba en el Casino sus sesiones y conferencias. Eran los organizadores del nuevo “Ateneo” un grupo de entonces jóvenes intelectuales —Tudela, Taracena, Granados Aguirre, etc.—, que, infaliblemente, tomaban parte en todos los actos de la Soria de aquellos años. Pero el “Ateneo” que, al pronto organizó interesantes ciclos de conferencias en el Salón-Teatro del Casino, hacia 1925 ya las celebraba en el “Centro Franciscano” y últimamente —hasta su fin en 1936—, en el “Cine Ideal”.*

Nuestra tercera fuente, la obra de José Antonio Martín de Marco, responde a la, por ahora, más completa historia del Casino. Dio en ella buen uso de cuanta documentación existe en la Sociedad —libros de actas y archivo— y con él podemos descender de forma más directa a los entresijos de los diferentes “ateneos” sorianos. Martín de Marco, en efecto, mencionó la llegada a la presidencia del Casino de Numancia de Rabal, en enero de 1880, y el impulso que, con la ayuda de Monge, pretendió darle aumentando las veladas literarias. El poco éxito de éstas no impidió que en enero de 1883 se volviera “a retomar el viejo tema del Ateneo”, nombrándose entonces una Comisión que redactase un “Proyecto de Reglamento para la formación de un Ateneo en este Casino”. Precisamente el 28 de enero, en la Junta General Ordinaria, se aprobó “el proyecto de Reglamento para la creación de un Ateneo

con carácter científico, artístico y literario”, siendo elegido presidente Nicolás Rabal. Mas la siguiente referencia que cita Martín de Marco nos lleva a la Junta General Ordinaria del 9 de enero de 1887, en que se pedía se presupuestase “la cantidad necesaria para la apertura del Ateneo”, y a la Extraordinaria del 23 y 24 de mismo mes, en la que se acordaba abrir una suscripción voluntaria para instalar el Ateneo, decisiones ambas que indicaban el difícil caminar de la institución. Es precisamente este año en el que se registró el alta en la lista de socios del Casino de Blas Taracena Ispizua, futuro padre del arqueólogo Blas Taracena, y de Mariano Granados y Campos, que a su vez lo será de Mariano Granados. Y, entre tanto, el ateneo no parecía cuajar, de ahí que necesitase de un nuevo impulso como sería la creación, en la Junta Extraordinaria y Consultiva de la Directiva celebrada el 18 de enero de 1888, de una Comisión para su instalación. Y sin embargo nada sabemos, ni nada escribió el archivero municipal de estas gestiones; ni del nuevo intento de 1896-1897; ni siquiera del dato que ya había aportado Pérez Rioja en relación con la reanudación, con reglamento aprobado por los socios incluido, de las actividades del Ateneo de 1902. Sí añadiría, no podía ser de otro modo, la presencia en Soria y en el Casino de Gerardo Diego, entre abril de 1920 y mayo de 1922, y el nuevo aire que dio al Ateneo, primero con las 14 conferencias de carácter literario-musical y luego con las representaciones del *Curso de Historia del Teatro Español*.

Nadie vea arrogancia en lo que se dice, pero a fecha de julio de 2004, cuando iniciamos la tarea de estudio del Ateneo de Soria, esto era cuanto se sabía del mismo o, al menos, cuanto había quedado escrito, si se ignoraba, como hasta entonces había ocurrido, las muchas columnas que de él se ocupaban en la prensa local desde 1883 hasta 1936. Las fuentes mencionadas nos ofrecían datos de interés, elementos de arranque, puntos de partida, fechas precisas y concretas de intentos, puestas en marcha y a veces, las menos, de actividades llevadas a cabo por el Ateneo en sus diferentes épocas o etapas. Sin embargo era preciso concretar más, acudir al día a día definido por los periódicos y, con sus anuncios, comentarios y crónicas, llenar de contenido los huecos que los libros de actas, supuestamente, habían dejado. Esa fue nuestra tarea, y eso es lo que creemos podrá encontrar el lector en nuestro *Ateneo de Soria*, de cuyas cuatrocientas páginas trataremos aquí de destacar aquellos rasgos más característicos que nos sirvan para definir épocas, contenidos y personalidades, y, a la vez, para que ustedes mismos, con los datos que les podamos ofrecer en esta breve exposición, juzguen si merece o no la pena el tratar de abrir una quinta época en el discurrir de tan significativa institución.

### III

Así pues, a la hora de reconstruir el camino andado por el Ateneo de Soria en su vacilante historia, la prensa escrita se nos muestra, ante la ausencia aparente de otra documentación, como principal fuente. Esto será así a partir de 1895, pero no antes. No contamos entre los periódicos recogidos en la Hemeroteca provincial con ejemplar alguno de *El Anunciador Soriano* (1877-1882), ni de *El Deber* (1879-1881), ni siquiera se conservan, pese a contar con la colección casi al completo, los ejemplares de 1880-1882 de *El Avisador Numantino*. Este hecho hizo que nada pudiéramos decir o añadir a lo dicho por Pérez-Rioja y Martín de Marco en lo referente “al discurso inaugural de las veladas literarias pronunciado en 1880 por Nicolás Rabal”, que, de alguna manera, habría de ser la puerta hacia el proyecto de reglamento para la creación del primer Ateneo, algo que sería realidad tres años después. Ni de aquel “discurso” ni

del “reglamento” posterior tenemos documentación archivística alguna pero sí encontramos la confirmación de los datos en la prensa, en concreto en *El Avisador Numantino* del domingo 4 de febrero de 1883 donde, en las breves noticias locales, aparece un suelto bajo el epígrafe “Ateneo” en el que puede leerse:

*Los Sres. designados para la constitución del [Ateneo] que acaba de crearse en el Casino de Numancia, son los siguientes: Presidente, D. Nicolás Rabal.- Vicepresidentes, D. Fernando Velaz, D. Aniceto Hinojar, D. Enrique Rueda, D. Enrique Llasera.- Secretario, D. Manuel López de Vicuña.- Vicesecretarios, D. Segundo del Hoyo, D. Joaquín Febrer, D. Eusebio Domínguez y D. Sixto García.*

Del trabajo de este equipo directivo poco sabemos, pues poco nos permite recoger la prensa de la época. Por no tener, no tenemos ni una sola referencia más al tema y ni siquiera en la biografía de Rabal, que años después de su muerte publicará en *La Región Soriana* Gerardo Escudero, encontraremos mención alguna. Es posible que sus actuaciones se confundieran con las propias del Casino de Numancia; y, en este sentido, tras revisar la prensa de ese año y de los inmediatos, tan solo podemos anotar, por tener noticias de ellas, las veladas artístico-literarias de los días 25 y 26 de marzo y las del 17 y 18 de noviembre de 1883.

Según el programa, que *El Avisador Numantino* del primero de esos días reprodujo en su tercera página, la velada de este y del día siguiente se basó, en una primera parte, en ejercicios de piano llevados a cabo por Luisa Vandevally y la puesta en escena de la comedia, en un acto y en verso, titulada *El único ejemplar* de Miguel Echegaray; un intermedio musical ejecutado nuevamente por la Srta. Vandevally; y una segunda parte ocupada por la puesta en escena de la zarzuela “Los artesanos”, con letra de Rabal y música de Juan Pérez.

Las veladas artísticas de las noches 17 y 18 de noviembre también fueron anotadas, con la reproducción de su programa, en *El Avisador*. Constaron, como en las anteriores, de dos partes separadas por un descanso de treinta minutos, y, como aquellas, por una conjunción musical y escénica, destacando la figura emergente del pianista Damián Balsa. Ambas veladas, como las de marzo, se llevaron a cabo en el salón-teatro del propio Casino de Numancia y el crítico del periódico las consideró brillantemente desarrolladas.

Sin embargo, no debió tener gran eco esta primera experiencia ateneísta pues, tras un largo período de confusión entre los asociados del Casino y de silencio en la prensa, ésta volvería a relatar las inquietudes de algunos miembros del Numancia “para que en breve [fuera] un hecho en esta capital el proyectado Ateneo científico-literario”. Era

octubre de 1896 y poco después, el jueves 12 de noviembre de ese mismo año, se pudo leer en *El Avisador Numantino*:

*Por fin llegó a constituirse en Soria el ateneo, y su inauguración, que tuvo lugar el sábado último, fue una fiesta animada y brillante, tanto por el número como por la calidad de las personas que concurrieron al salón principal del Casino de Numancia, en el que aquella se celebraba.*

Incluso el cronista fue explícito y nos dejó un breve comentario sobre el primer acto:

*El Sr. D. Antonio Pérez de la Mata, ilustrado catedrático de este Instituto y Canónigo de la Iglesia Colegial de San Pedro, fue el encargado de la primera conferencia, y, en verdad que desarrolló perfectamente el tema de ésta, que, como ya dijimos en el número anterior, fue “Libertad humana: demostración de su existencia”.*

El filósofo debió insistir en su exposición que el hombre es, lo ha sido y lo será, tanto más libre cuantos más conocimientos atesore... y en verdad que era un comentario apropiado para un acto que tenía por misión poner en marcha una entidad cultural tan significativa.

A Pérez de la Mata le siguió en el uso de la palabra Juan José García, y a este Nicolás Rabal. Las intervenciones de tan ilustres ateneístas resultaron pronto firmes pasos en la andadura de aquella segunda salida del Ateneo de Soria.



Y así, a los anteriores les siguieron en el uso de la palabra Silverio Martínez de Azagra, el Abad de la Colegiata Gregorio Gamarra y Sixto García. Y tras estos llegó un séptimo conferenciante, el sacerdote Segismundo Pey-Ordeix, y aunque el contenido de su charla no trascendió a la prensa, debió elevar tanto su “Juicio crítico del Ateneo” –como se titulaba su intervención- que mereció algún tiempo después una dura réplica de Pérez de la Mata.

También intervino en aquellas conferencias el Teniente Fiscal de la Audiencia de Soria, Abelardo Marroquín, hablando de la “Misión social de la mujer”, tema que hizo que el salón principal del Casino resultara insuficiente ante la concurrencia que asistió al acto. Del contenido de esta charla, como de las anteriores, podrá el oyente interesado saber más en las modestas páginas de nuestro libro o en las columnas de la prensa de la época, como también de las que le sucedieron: “El problema obrero”, de José Morales Esteras; “La Existencia de la Verdad Científica”, de Antonio Pérez de la Mata –la conferencia anunciada en contestación al sacerdote Pey-Ordeix-; “La Atmósfera y sus efectos”, de Ruperto Lobo Gómez; “Belleza Moral”, de Santiago Ceberio Izquierdo; “Trabajo”, de Mariano Granados y Campos; “Libertad en el Derecho”, de Enrique Ramírez; “Fraternidad Social”, de Raimundo Gómez Tutor; “Poetas Españoles del siglo XIX”, de Eduardo Martínez de Azagra; y “El origen del carnaval”, de Maximino de Miguel.

Todo hacía suponer, tras el nivel alcanzado por todas y cada una de las disertaciones y el grado de satisfacción logrado por participantes y concurrentes, una marcha ágil y brillante para esta nueva empresa cultural, una vez superados los balbuceos iniciales de los ochenta. Y sin embargo, y sin que sepamos bien por qué, todo quedó parado, hasta el punto que no volveremos a registrar nuevas noticias del Ateneo Soriano en lo que quedaba de siglo. Podría pensarse que la situación crítica del momento paralizó la actividad del Casino. Pero esto no fue así, o al menos es lo que nos hace pensar el concierto que en la Sociedad se produjo el sábado 30 de octubre de 1897, y otro que se anunciaba para más adelante. Ese día dejó “oír su preciosa voz la bella cantante soriana señorita Saturnina García Calavia, que fue hábilmente acompañada al piano por su hermano Anselmo”, hijos ambos de Julián García Ballenilla, el fundador de una dinastía, *Los Ballenilla*, que en Soria estuvieron siempre ligados a la música y a la fotografía. Saturnina tornaría muy pronto su nombre de pila por el más artístico de *Amelia Balle*, diminutivo del apellido paterno, o, más adelante y por aquello de la ortografía, por el de *Amelia Valle*.

#### IV

A comienzos de noviembre de 1901, el periódico *Soria Nueva* propuso a los medios de comunicación entonces existentes (*Noticiero de Soria, El Avisador Numantino, Región Soriana...*) la reunión de una comisión organizadora para crear en la ciudad un Ateneo “en el que pudieran desarrollarse por las personas ilustradas de la misma temas de utilidad y de enseñanza para los jóvenes...”. Pocos días después, el jueves día 14, tanto *La Región Soriana* como *El Avisador Numantino* se hicieron eco de la propuesta de *Soria Nueva* en sendos comunicados que no solamente fueron precisos en el apoyo a la nueva salida del Ateneo, sino que además dejaron entrever interesantes datos sobre la anterior aventura, el papel relevante que en ella tuvo Gerardo Escudero y la razón de su fracaso, que para el primero radicó en que se trataba de una simple “idea de juventud” y, para el se-

gundo, en la falta de compromiso “de las personas que más interés podían tener en su conservación”. Frente a esto la nueva propuesta era factible, según *La Región Soriana*, por estar defendida por jóvenes “más viejos” y, según *El Avisador Numantino*, por estar implicado en ella, de forma directa y decidida, Vicente Tejero, su director.

Parece evidente que estas notas de *Soria Nueva*, *El Avisador Numantino*, y *La Región Soriana* tuvieron un rápido efecto pues a ellas siguió una carta-invitación, firmada por Vicente Tejero y por Maximino de Miguel, redactor Jefe de *Soria Nueva*, dirigida a una serie de personas que habrían de reunirse, el viernes 6 de diciembre, en una “primera sesión preparatoria para constituir la Sociedad titulada Ateneo Soriano”.

La reunión se produjo en la fecha citada, en el Instituto General y Técnico, a las cuatro de la tarde, y a ella asistieron, entre otros, León del Río, director de *La Provincia*; Juan José García, Gobernador Militar; Gerardo Escudero, director de *La Región Soriana*; Pedro Sánchez Malo, abogado; uno de los firmantes del escrito, Maximino de Miguel; y Pascual Pérez-Rioja, en representación del *Noticiero*. Mas no llegó a tomarse ningún acuerdo, salvo volverse a reunir el domingo siguiente, a las once y media de la mañana. Pero la idea estaba en el aire y pronto se creó, en el seno del Casino de Numancia, una comisión organizadora al tiempo que en la Junta General de éste, celebrada el lunes 6 de enero de 1902, los señores Bonifacio Monge y Juan José

García presentaron una proposición para la creación de un ateneo científico literario. Siete días más tarde se reunió la comisión en el propio Casino, aprobándose el reglamento por el que habrían de regirse las conferencias que en breve empezarían a celebrarse. De aquel reglamento tampoco se sabe nada, pero sí que el Ateneo Soriano quedó constituido de inmediato y que su Junta Directiva la formaron Benito Ruiz Zalabardo, como presidente; Juan José García, como vicepresidente; Simón Viñals, como secretario; y los señores Mariano Granados, Mariano Iñiguez y Maximino de Miguel, como vocales.

El Ateneo Soriano quedó inaugurado, en su nueva andadura, en la noche del sábado 25 de enero con la conferencia titulada “Cómo es y cómo debiera ser la educación popular”, impartida por José María Arnáez y Pérez, por entonces director de la Normal de Maestros.

La conferencia fue excelente, a juzgar por el cronista del *Noticiero de Soria* y las “muchísimas” felicitaciones al autor. La nota periodística, tal vez redactada por Pascual Pérez Rioja, recogía con agrado el sentir de la Junta del Ateneo de alternar las conferencias con veladas artísticas en que los socios ejecutaran piezas de música clásica al piano, pronunciaran discursos acerca del arte y leyeran composiciones poéticas. E incluso el cronista se permitió añadir, entre noticias y resumen del acto, un párrafo de opinión esclarecedora, respecto a la acogida del recién inaugurado Ateneo, y una propuesta social:

*Con mucha animación y entusiasmo ha comenzado a darse vida al Ateneo Soriano y de celebrar será, que ni una ni otro decaigan, siguiendo “camino adelante” a trueque de todo, pues las fiestas de la inteligencia no hay para que decir que son las mejores. Y a propósito, y aparte de las invitaciones que a las Autoridades y a distinguidas personalidades se hagan, a muchos estudiantes y gente joven de Soria, así como varios socios del Círculo de la Amistad, hemos oído que desearían asistir a las conferencias del Ateneo, lo que por excepción reglamentaria debiera concedérseles, pues con ello demuestran afán de ilustración, lo que además de aplaudirse, debe alentarse.*

A partir de entonces, y hasta mediados de mayo, se sucedieron un total de 15 conferencias, y pudo oírse a Mariano Granados y Campos, hablar de las “Relaciones entre la Iglesia y el Estado”; al distinguido médico e ilustrado cirujano Mariano Íñiguez hacer lo propio de “La Tuberculosis en Soria”; y a Antonio Carrillo de Albornoz disertando sobre “La protección arancelaria”. Esta última charla generó un intenso debate posterior entre partidarios del libre cambio, los que lo eran del *proteccionismo* y los que, como José Morales Esteras, se mostraban contrarios a todo exclusivismo doctrinario.

El 1º de marzo, cuando apenas se habían apagado los ecos de las disputas economicistas de la anterior sesión, el Ateneo abrió nuevamente sus puertas para albergar a un

nuevo conferenciante, Simón Viñals, a la sazón Secretario de la Diputación Provincial. “El socialismo del Estado” fue su tema y el orador lo expuso en una larga conferencia en la que “invirtió más de cien minutos”, y en la que hizo “un análisis detallado del socialismo, desde los tiempos más remotos, en casi todas las naciones del mundo”. Y al día siguiente, el domingo 2, el salón-teatro del Casino de Numancia alcanzó un lleno absoluto, con un público deseoso de aplaudir el buen hacer teatral de José Morales Esteras, Mariano Granados, Félix Herrero y Eugenio Francés y escuchar las afamadas voces de las celebradas artistas sorianas Enriqueta Aceña y Amelia Valle. Los primeros representaron el juguete cómico en un acto titulado “Parada y fonda” y, tras provocar grandes risas y contento entre el público, “fueron ruidosa y justamente aplaudidos”. Las señoritas Aceña y Valle se presentaron cantando juntas el dúo de la zarzuela “La tempestad”, bien acompañadas al piano por el maestro Damián Balsa, y obteniendo un clamoroso éxito. Luego, por separado, Enriqueta cantó el “Aria de las joyas de Fausto” y Amelia “Casta Diva” de la ópera “Norma”, y más tarde, y por exigencia del público con sus intensos aplausos, volvieron a cantar juntas, acompañadas al piano por José Casado.

Como si el éxito de las artistas sorianas se quisiera celebrar, la siguiente conferencia del Ateneo Soriano, a cargo de su vicepresidente Juan José García, se ocupó, el sábado 8 de marzo, de la “Emancipación de la mujer”. Y

una semana más tarde, con la “Educación de la mujer” como tema, quien habló fue el profesor del Instituto Aurelio Abenza Rodríguez. Y luego, semana tras semana, disertarían Maximino de Miguel, sobre “Bellas Artes”; Gerardo Doval, sobre “La democracia y el contrato del trabajo”; Santiago Ceberio, sobre “Influencia cristiana en el Derecho”; Luis Posada, sobre “Vicios sociales”; Eduardo Martínez de Azagra, sobre “Hechos gloriosos de España”; Abelardo Marroquín, sobre el “Problema social”; y Luis Martí, sobre “El arte como manifestación plástica de la idea”. Antonio Vinajeras, en una triple sesión, homenajeó en verso al pueblo de Soria. Y en mayo, el 2 de mayo de 1902, entre las charlas de los señores Marroquín y Martí, se puso en escena la zarzuela “Los lobos marinos”, interpretada por el grupo de teatro del Casino entre cuyos actores se encontraba “Blasito” Taracena, que hizo de monaguillo, y del que ponderó la prensa “su serenidad, su aplomo y su gracia”. En esa misma sesión intervinieron las “pequeñas y simpáticas pianista y violinista” Cecilia y Claudina Herrero. Y ocho días después, el sábado 10, a las 9,30 de la noche, tuvo lugar una “notabilísima velada literaria en honor del buen soriano y desprendido favorecedor de la enseñanza Bernardo Robles”. El Sr. Robles era entonces ejemplo preclaro de “sorianismo”, pues no otra cosa podía decirse de quien “habiendo trabajado honrosamente más de medio siglo fuera de la patria, volvía a ella y le legaba parte de la fortuna adquirida”, creando dos escuelas, pagando a sus



dos maestros y otorgando ocho premios anuales de cien pesetas —uno por Escuela— para ayudar en los estudios a los alumnos más destacados, amén de dotar de una buena suma al Hospital Provincial de Santa Isabel. El homenaje consistió en la imposición, por parte de Benito Ruiz Zabalardo como Presidente del Casino y del Ateneo, de los títulos de Socio Honorario del Casino de Numancia y del Ateneo de Soria, y, por parte del Ayuntamiento de Soria y de los hijos de ésta, en la dedicatoria de una Plaza pública, la de Teatinos, que en adelante y en especial desde las 10,30 de la mañana del miércoles 14 de mayo de ese 1902 en que se procedió a descorrer las telas que cubrían las placas, pasaría a denominarse Plaza de Bernardo Robles.

Resulta difícil pensar que, tras el verano, la actividad cultural del Ateneo Soriano no se reanudase. La proliferación de conferencias y veladas artístico-literarias de la temporada anterior no solamente había alcanzado una alta participación de público sino que, además, los temas tratados, en su diversidad, marcaban de forma clara el interés y las preocupaciones sociales de una parte, al menos, de la ciudadanía. Y sin embargo, y no alcanzamos a comprender bien la razón, las puertas del Ateneo permanecieron cerradas, en el más estricto sentido literal del término, hasta 1918, pese a que la Real Academia de la Historia se preocupase por el estado de ruina de San Juan de Duero y San Nicolás; Mariano Granados y Campos publicase su *Al amor de la lumbre* (1902); Alfonso XIII nos visitara en septiembre

de 1903 y agosto de 1905 con motivo de la inauguración del Monumento a Numancia; y Adolfo Schulten, primero, y la Comisión Española, un año más tarde, continuaran la labor arqueológica iniciada por Eduardo Saavedra a mitad del siglo pasado.

Era evidente que una nueva generación estaba formándose en Soria y que lo hacía al amparo de la Comisión y de las Excavaciones de Numancia, de su Instituto General y Técnico, en el que alguno de ellos contaría con Antonio Machado como profesor, y de unos medios de comunicación donde Felipe Las Heras, Vicente Tejero y Pascual Pérez-Rioja marcaban pautas muy directas en cuanto al desarrollo potencial de Soria, hasta el punto de impulsar movimientos de ciudadanía como la llamada Junta de Defensa Provincial, surgida tras la celebración del centenario del 2 de mayo de 1808.

Es posible que todo esto dejara en el olvido la vieja reivindicación ateneísta, y que la falta de ésta posibilitara el surgimiento, en ámbitos sociales más modestos o populares, de otros centros o instituciones de parecido carácter, pues el Centro de Cultura Popular, que impulsaron Benito Artigas Arpón y Dionisio Sanz Castillejo entre 1908 y 1909, no quiso ser otra cosa que la soriana imitación del Ateneo Enciclopédico de Barcelona; y la Junta de Defensa Provincial, que surgió a la par que aquel, no más que un movimiento de reivindicación social esbozado por los mismos que nada querían cambiar.

Verdad es que en 1906 Francisco Alcalde propuso “la creación de un Ateneo, o, más bien, una agrupación de la juventud para aprestarse a la defensa contra la ignorancia”; y que en 1909 “varios señores” tuvieron el “propósito de fundar un Ateneo científico-literario”; pero las disputas por el control del Centro de Cultura Popular, la oportunidad o no de la Junta de Defensa Provincial y el resurgimiento, en septiembre de 1911, de la Sociedad Económica Numantina de Amigos del País, dejó sin espacio claro al “renacimiento” de aquel, por más que el fracaso de éstas contribuyera a crear la conciencia espiritual precisa para provocar que un grupo de ciudadanos sintieran la necesidad de reunirse de forma periódica “al amor de” la cultura y de la tierra. Y así lo debió entender José María Palacio al idear, en 1913, la “Sociedad de Amigos de los Libros”.

Si el Centro de Cultura Popular y la Junta de Defensa Provincial se nos antoja un paréntesis en la marcha del Ateneo Soriano, la denominada Sociedad de Amigos de los Libros más que otro parón fue un eslabón en su explosiva confirmación de 1918. Se produjo entre diciembre de 1912 y enero de 1913 y tuvo como medio de expresión un emotivo y sugerente artículo de José María Palacio publicado, en dos entregas, en *El Porvenir Castellano*.

Palacio lanzó su idea asociativa desde el recuerdo del Centro de Cultura Popular, la creencia de que había en Soria suficiente número de hombres amantes de investigar toda innovación cultural y deseosos de seguir el movimiento científico y literario en sus renovaciones sucesivas y constantes, y la existencia, en muchos de esos elementos, de la imposibilidad material de dedicar una parte de sus humildes salarios a la adquisición de libros para satisfacer, así, “el noble deseo de saber, cultivar y conocer” toda la producción recién creada. Pretendía, en una palabra, la agru-

pación de cuantos “hombres de buena voluntad” desearan, por medio de la acción conjunta, la compra de libros en número y calidad que la actuación aislada impedía. Ciertamente que, en algunas localidades, empezaban a existir bibliotecas que satisfacían tales demandas, pero en poblaciones pequeñas como Soria las que existían no contaban con los recursos precisos para adquirir ese libro último que quien “aspira al dictado de culto” debe conocer y leer. Además, en ciudades como Madrid, Barcelona, Zaragoza funcionaban, junto a las propias bibliotecas, ateneos desde cuyas tribunas hablaban, de ordinario, hombres autorizados.

La cultura en Soria, con merecer “consideración”, era, a juicio de Palacio, “demasiado *reconcentrada*, quizá [estaba] un poco dormida”, y quisiera él que “hubiese hombres que la movieran más, que la hicieran más expansiva”. En Soria los había, sólo había que despertarlos. Y señalaba entonces Palacio a Mariano Granados y Campos, a Antonio Carrillo de Albornoz, a Teodoro Ramírez, al tiempo que veía a la Económica Numantina de Amigos del País, que ellos dirigían, como la entidad que debía impulsar semejante idea. Y aún añadía:

*Poco espacio necesitamos para decir lo que podrían hacer los amantes del libro; agruparse para recaudar mensualmente una cantidad con la que fuesen adquiridas, alternativamente, obras científicas y literarias; leer, comentar y aun discutir esas obras; estudiar y dar a conocer cuánto de notable encie-*

*rra esta provincia, que es mucho, reglamentarse para obligar a trabajar a todos los socios, y, finalmente dar conferencias frecuentemente, y practicar de ese modo la “generosidad de la cultura”, o sea el adquirir constantemente conocimientos para después llevarlos al taller, a la calle, a todas partes.*

El “bueno” de Palacio concluía, convencido, que si en España hubiese grupos abundantes de estos hombres, “capaces de realizar una labor de apostolado para educar e instruir al pueblo”, cambiaría en pocos años su triste deambular.

El mensaje estaba echado, la siembra en su lugar, mas había que esperar a que ésta —esos jóvenes sorianos universitarios llamados Tudela, Granados, Taracena, Manrique...- germinara y diera como fruto el Ateneo de mayor brillantez y duración y, sin duda y de su mano, la “edad de oro” de la cultura soriana, inmersa, por lo demás, en la “edad de plata” española.

## VI

Unos días antes de que Palacio hiciera partícipe de sus ideas ateneístas a Mariano Granados y Campos y a la Económica Numantina que éste presidía, su hijo, el jovencísimo Mariano Granados Aguirre, publicaba su primer artículo en *El Avisador Numantino* y no mucho después sus primeros versos de adolescente en *El Porvenir Castellano*. Machado, ya en Baeza tras la desgraciada muerte de Leonor el 1º de agosto de 1912, seguía enviando sus escritos a Soria, como prueban su colaboración titulada “Sobre Pedagogía” o la reproducción de sus poemas “El Dios Ibero” y “Campos de Soria”. Mientras, por esas mismas fechas, llegaban de Madrid noticias sobre los excelentes resultados académicos obtenidos por José Tudela y Blas Taracena; además, éstos y otros muchachitos sorianos (Virgilio Soria, Ángel del Río y el ya citado Mariano Granados y Aguirre), eran dirigidos por Mariano Cabruja, tan joven como ellos, en una aventura, tan extraordinaria como docta, cual era la edición de un periódico de juventud: *El Ruiseñor*. José Tu-

dela también hacía sus primeros pinitos como articulista en *El Porvenir* escribiendo sobre Calatañazor. Gonzalo Morenas de Tejada hacía lo propio y mostraba sus gustos arqueológicos disertando, en el mismo periódico, sobre las ruinas de Uxama. Asimismo, el ya citado Virgilio Soria, daba cuenta de sus dotes poéticas con la publicación de sus versos “Imploración” y “Otoño” y, dos años después, “La Ciudad Vieja”, dedicado a Soria, y “Castilla”, en la serie *De las tierras Tristes*. Hasta el Abad de la Colegiata, don Santiago Gómez Santacruz, aparecía con fuerza en la *palestra* cultural y con sus intervenciones, no exentas de polémica, contribuía a acelerar el debate y a crear ese espíritu libre del saber y la discusión que pronto serian habituales en el discurrir del Ateneo.

Ni siquiera el estallido de la Gran Guerra distrajo de forma especial el crecimiento cultural de Soria, al menos de esas 20, 30 o 40 personas que Palacio creía existían y parecían imprescindibles si se quería echar de nuevo a andar una entidad como el ateneo. Unos meses antes del inicio del conflicto, concluían sus estudios Tudela y Taracena y, apenas un año después, ganaban las oposiciones al Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos; y aunque en principio Tudela asumió un destino en la capital, pronto regresaría a Soria haciéndose cargo de la Biblioteca Provincial y del Archivo de Hacienda mientras Taracena ponía en marcha el Museo Numantino en su nuevo edificio del Paseo del Espolón. En medio, Manuel Hilario



Ayuso, Catedrático de Filosofía y hombre culto donde lo hubiera, había publicado, con prólogo de Machado, *Helénicas*, y luego, en 1916, Anselmo Sanz Serrano sacaba a la luz *Historia y descripción de la Cueva y Ermita de San Saturio* y el doctor Mariano Iñiguez *Numancia y la medicina en la antigua Iberia*. Incluso, en este mismo año, en septiembre, se inauguraba el nuevo Hotel Comercio, propiedad de Juan Brieva, situado entre la Plaza de la Leña y la carretera de la estación del ferrocarril.

El Casino de Numancia debió vivir tan intenso trajín cultural lejos de sus salones con cierta amargura y nostalgia de tiempos pasados. Desconocemos los pormenores, pero lo cierto es que el sábado 16 de marzo de 1918 se inauguraba un curso de conferencias “que distinguidas personalidades de las artes, de las ciencias y de la industria” habrían de dar. El primero fue Mariano Iñiguez; el segundo José Tudela y tras él, el sábado siguiente, se intercaló una velada musical a cargo de la Srta. Falcó. Luego participarían Blas Taracena, Diego Moreno Peral, Félix Sánchez Malo y, cerrando el ciclo, el más veterano de todos ellos, Santiago Gómez Santacruz. El ciclo no se convocaba bajo los auspicios del Ateneo de Soria, aún no creado, pero era evidente, o al menos así resulta hoy, que fue el preámbulo o el prólogo y, desde luego, la demostración palpable de que en Soria la suma de juventud y madurez podía proporcionar un cociente a todas luces útil. Aquel ciclo de conferencias, sin duda, fue la base doctrinal de la creación, unas

semanas después, del Ateneo en su última y más prolongada etapa.

Y así fue. No se habían apagado los ecos de los aplausos recibidos por todos y cada uno de los conferenciantes cuando, en los mismos salones del Casino y en los dos primeros domingos de mayo, se llevaron a cabo otras tantas reuniones que darían como resultado la reaparición del Ateneo de Soria. Ya el 6 de mayo, tras la primera reunión, dejó escrito José María Palacio en *El Porvenir* que estaba virtualmente creado el Ateneo, que contaba de salida con 70 socios y que “su vida sería modesta, pero sería”. Tenía muy claro Palacio que “la influencia del Ateneo en la vida de la capital sería notoria y conveniente”, pues, pensaba, no podía limitarse “la vida de una población a pasear por el Collado o la Alameda de Cervantes en los días festivos, a ir al café y murmurar del prójimo o jugar al tute, y a ejercitar las actividades con un carácter meramente utilitario”. Y una semana después, el domingo 12 de mayo de 1918, quedó definitivamente constituido el Ateneo de Soria, en su cuarta etapa, tras ser leído el proyecto de Reglamento, aprobarse el mismo sin discusión y nombrarse, por elección unánime, su primera Junta de Gobierno. Jerónimo Rubio y Pérez Caballero, Catedrático de Lengua y Literatura del Instituto, sería su primer Presidente, y Diego Moreno, Manuel Vicente Loro, Blas Taracena, Luis Herrera, José Tudela, Ricardo Tovar y Joaquín Alcañíz ocuparían, con cierta devoción, los demás cargos.

Todos los medios de comunicación difundieron la noticia y todos, de un modo u otro, recibieron con cariñosos saludos y positivos comentarios tan notable alumbramiento. Y nadie dejó de reproducir el texto que sigue, que entregado por los ateneístas, señalaba sus fines y principales pretensiones:

*Tres son los fines principales que se propone realizar el Ateneo: 1º, satisfacer la curiosidad intelectual de sus Asociados; 2º, investigar o hacer un inventario de todas las riquezas espirituales y materiales que tenemos en la provincia; y 3º, de divulgación, para elevar el nivel cultural del pueblo.*

*A este efecto, creemos que el núcleo principal de un centro de esta naturaleza debe ser una biblioteca, que hemos de constituirla provisionalmente, hasta que pueda tener una propia la Sociedad, con un depósito de libros prestados por los mismos socios, con suscripciones a bibliotecas circulantes y los donativos que se vayan recibiendo; pero sobre todo, el fondo de valor más positivo que ha de tener esta biblioteca en estos primeros momentos, será una seleccionada colección de revistas hecha por los mismos socios según sus profesiones y gustos, para estar al corriente de las últimas noticias, descubrimientos y estudios.*

*Organizará esta Sociedad conciertos musicales con los elementos de la localidad, procurando traer también concertistas de fuera.*

*Establecerá un centro informativo para turismo, redactando guías, itinerarios y facilitando noticias de transporte, hospedaje y demás que sean necesarios.*

*Emprenderá la formación de un inventario de las bellezas naturales y artísticas y monumentos históricos de la provincia, recogiendo toda clase de fotografías, clasificándolas y catalogándolas a fin de tener una especie de Museo de reproducciones de todas ellas, rogando a todo aquel que tenga clichés o pruebas de estas cosas se digne enviarlas a este Ateneo, donde se hará constar el nombre del donante.*

*Recogerá este centro las leyendas, cantares y dichos populares, léxico, etc., procurando propagar las aficiones "folkloristas" a fin de conocer mejor nuestro pueblo.*

*Hacer, en fin, el inventario de todas estas riquezas que hemos llamado espirituales.*

*Trata el ateneo, también, de ayudar a la magna empresa llamada a realizar por la Económica Numantina, para estudiar, a su vez, aquellos problemas de orden económico, agrícolas, forestales, industriales, etc., que tanto a la capital como a la provincia interesen.*

*Las distintas secciones organizarán los trabajos de investigación y divulgación que crean pertinentes, con entera autonomía.*

*Queremos dar a este Ateneo una orientación “práctica” y “localista”, sin que esto quiera decir que nos apartemos de la especulación ni que pretendamos cerrar nuestra provincia con fronteras, todo lo contrario, lo que queremos es que la especulación, el análisis, el estudio, los utilicemos para conocernos mejor y procurar mejorar la situación de nuestra tierra por medios más científicos y seguros.*

*Los organizadores de este Centro han comprendido que no sólo se ha de constituir éste para satisfacer las necesidades espirituales de los socios, sino que es preciso también elevar el nivel cultural del pueblo, y a este efecto, tienen como uno de los fines más altos que cumplir, el de organizar clases y cursillos para los obreros.*

*Estos son, en resumen, los fines que nos proponemos realizar, y que demostraremos haciendo con entusiasmo firme propósito de llevarlos a cabo.*

*A todos los hombres de buena voluntad, que pueden ayudarnos moral y materialmente, nos dirigimos para que nos alienten y apoyen en esta gran obra, que ha de redundar en beneficio de la provincia, y por ende, en bien de España.*

Se acordó establecer una cuota mensual a satisfacer por los señores socios de 1,50 pesetas -cuota que permanecería inalterable hasta el final de la Entidad- y se concretaron ocho Secciones que entenderían de Ciencias Sociales

y Derecho; Historia y Turismo; Artes Plásticas; Música y Declamación; Ciencias Médicas; Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; Literatura; y Fomento Provincial. Al frente de cada una de ellas habría un Presidente y Secretario, cargos que recayeron en Luis Posada y Luis Herrera; Santiago Gómez Santacruz y Blas Taracena; Teodoro Ramírez y Joaquín Alcañíz; Ricardo Pradells y Ángel Moreno; Mariano Iñiguez e Ignacio Carrascosa; Hilario Sánchez y Adolfo Cabrerizo; Jerónimo Rubio y Mariano Granados; y Felipe Las Heras y Diego Moreno Peral, respectivamente.

La acogida debió resultar grandiosa, enorme, pues en la noche del martes 14 de mayo, a la hora de cierre de *El Avisador Numantino* y *La Idea*, el número de afiliados alcanzaba ya la cifra de 117. Todo un éxito, si tenemos en cuenta la natural prevención del soriano a formar parte de grupo alguno y si se piensa en la presencia de siete mujeres en él, algo realmente excepcional en aquel momento.

Tan deseada creación no tuvo, sin embargo, un arranque inmediato; el verano, tan próximo ya, y las actividades y múltiples ocupaciones de sus jóvenes impulsores, retrasó unos meses el comienzo. El Museo Numantino, aún sin inaugurar, y las excavaciones en el Cerro de la Muela, que habrían de comenzar el primero de junio, debían tener muy ocupado a Blas Taracena. José Tudela y Mariano Granados, éste último todavía en las aulas de la Universidad Central donde estaba a punto de concluir su carrera en leyes, tuvieron unos meses de mayo y junio muy

activos en la prensa, donde dejaron abundantes muestras de su quehacer periodístico y literario. Y el sábado 9 de junio fallecía, a los 84 años de edad, Manuel Blasco Jiménez, el Maestro por excelencia de una buena parte de sorianos de por aquél entonces y autor de un imprescindible *Nomenclátor histórico, geográfico y estadístico de la provincia de Soria*, que en 1880 él mismo había editado en su propia imprenta y que en 1909, reformado, había vuelto a editar *Noticiero de Soria*. Todo ello, y el necesario tiempo para confeccionar un programa acorde con los propósitos del Ateneo, hizo que éste no se inaugurase hasta el sábado 17 de agosto, si bien fue una apertura de lujo pues en una misma sesión se encontraron, en íntima comunión, José Ramón Mélida y la Ermita de San Baudelio, después de que aquél escribiera, junto a Aníbal Álvarez, la primera monografía de ésta. Mélida presentó a los asistentes un tesoro, el tesoro de San Baudelio entonces casi desconocido, y lo hizo además con el reportaje fotográfico que en 1906 había obtenido Teodoro Ramírez, con lo que los afortunados asistentes a “la puesta de largo” del Ateneo pudieron contemplar la ermita con todas sus riquezas, las mismas que hizo que el Estado la declarase Monumento Nacional justo un año antes, el 24 de agosto de 1917.

## VII

Si la primera conferencia del nuevo Ateneo de Soria la impartió el sábado 17 de agosto de 1918 el arqueólogo José Ramón Mérida, la última fue dictada el sábado 6 de mayo de 1933 por Emilio Campos Cardela, arqueólogo del Museo Arqueológico Nacional y Profesor Auxiliar de la Universidad Central. Mas entre la exposición de Mérida sobre San Baudelio y la de Campos sobre la “Escultura Española del siglo XVII”, los ateneístas sorianos llegaron a escuchar casi un centenar más, participando en ellas conferenciantes de la talla de Aurelio González de Gregorio, Manuel González Simancas, Antonio Bastos, Gonzalo Morenas de Tejada, Mariano Granados Aguirre, Pedro Chico y Rello, Blas Taracena Aguirre, José Tudela de la Orden, Mateo Rioja, Eugenio Noel, Santiago Gómez Santacruz, Rosario Castañer, Alfredo Gómez Robledo, Pelayo Artigas, Felipe Las Heras, Félix Sánchez-Malo, César Luis Montalbán, Millán Borque, Rafael Ferrer, Gervasio Manrique, Bernardo García Ballenilla, Miguel Lasso de la Vega y López de Tejada (Marqués de Saltillo), Antonio Ballesteros Baretta, Virgilio



Colchero, Florencio Martínez Mata, Conde de Keyserling, José Prat, Ernesto Gamillscheg, Francisco Puig Espert, Hugo Obermaier, Pablo Gutiérrez Moreno y naturalmente, y entre otros muchos que quedan aquí sin citar por no hacer más larga la lista, Gerardo Diego Cendoya. Algunos de estos autores –especialmente Mariano Íñiguez, y en menor medida Pedro Chico, José Tudela, Mariano Granados, Gervasio Manrique y el propio Blas Taracena- ocuparon la cátedra del Ateneo, tanto en la sede del Casino de Numancia, como en el Teatro Principal o en el Cine Ideal, en varias ocasiones. Pero Gerardo Diego, que apenas estuvo entre nosotros un par de cursos, llegó a subirse al estrado en catorce cumplidas ocasiones, cual vendaval que viniera a agitar los rígidos cimientos de la institución. Lo hizo al poco de “desembarcar” en Soria, el sábado 22 de mayo de 1920, interpretando al piano los “Nocturnos” de Chopin y permitiendo que Mariano Granados recitara la “Paráfrasis poética del Nocturno XV”. Unos días después toda Soria pudo leer, en las páginas de *El Porvenir Castellano*, la primera versión pública de uno de los poemas más notables de Diego, claro que entonces nadie pudo sospechar a dónde llegaría el joven catedrático y que aquellos versos, al no volverse a imprimir hasta 1945, convertirían al número 819 del modesto diario soriano en páginas históricas de la Literatura española.

El “atrevimiento insolente” de mayo de 1920 –tal y como lo calificaría el propio Diego en 1963- se quedó corto

si se compara con su memorable actuación de 1921, pues en aquel año la actividad del Ateneo de Soria vino dada por la presencia absoluta del joven catedrático santanderino. Fue tal su papel que sus propios compañeros, algunos de ellos veteranos y reconocidos ateneístas, le ofrecieron, en enero de ese año, el cargo de presidente. No lo aceptó, y fue éste asumido por Alfredo Gómez Robledo en sustitución de Jerónimo Rubio. Lo que sí hizo Gerardo Diego fue impartir en Soria, y en su Ateneo, uno de los cursos de la *Historia de la Música de Piano* más célebres que de esta se recuerde. Permítasenos, dada su importancia, cierto recreo en su desarrollo.

El curso se inició el martes 15 de febrero, a las seis y media de la tarde, en el Salón-Teatro del Casino de Numancia. Ese día, en Soria, hizo tiempo de buen sol, sin nevar, ni llover, si bien cayó una fuerte helada por la noche y había amanecido con una notable escarcha. En la sala de conferencias, según dejó escrito el protagonista, se notaba el frío. El propio Gerardo Diego presentó el curso, ante la disculpada ausencia de Gómez Robledo, y lo hizo haciendo notar pronto que no era su pretensión remontarse a la prehistoria de la música, a la música de griegos y romanos, y sí comenzar con aquellos instrumentos antecesores inmediatos del piano: es decir, el clavicémbalo, el clavecín y el fortepiano. Tras caracterizar y diferenciar los instrumentos, pasó luego a glosar las principales figuras de los clavecinistas italianos, alemanes y franceses, de los que interpre-

tó fragmentos de sus principales obras. Y lo mismo hizo, el sábado 19 de febrero, con los grandes músicos franceses del siglo XVII y principios del XVIII; y el sábado 26, en que analizó, de forma monográfica, la figura y la obra de J. S. Bach. El sábado 5 de marzo Gerardo reparó en el estudio de la sonata clásica, habló de los últimos tiempos de la vida de Mozart y de las circunstancias dolorosas que rodearon la composición de su celebrada misa de réquiem, e interpretó obras de Haydn, Mozart y Clementi. En la quinta sesión, celebrada el sábado 12 de marzo, se ocupó de la vida y obra de Ludwig van Beethoven e interpretó, con gran maestría, las sonatas “Pathétique”, “Appassionata” y “op. 31”. La sexta sesión, adelantada al jueves 17 de marzo, presentó un atractivo literario especial: tres sonetos, recitados por el propio Diego, en honor de Schubert, Weber y Mendelssohn, primera generación de románticos a los que dedicó su análisis. Como ocurriera con su *Nocturno XV*, cuya primera versión desconocida quedó publicada en *El Porvenir Castellano*, recogió ahora *El Avisador Numantino* un soneto que, si bien se había compuesto algún tiempo antes, permanecía también inédito y vio la luz impresa por vez primera, y sin pretenderlo su autor, en la tribuna periodística soriana.

Tras esta sexta sesión, quedó interrumpida la periodicidad de la serie hasta después de Pascua. Pasada la fiesta, el sábado 9 de abril, Gerardo avanzó la séptima, dedicándola íntegramente a Chopin, del que informó sobre su vida

y su obra. La octava conferencia-concierto se impartió el sábado 23 de abril y en ella Diego habló, ofreciendo como siempre bellos y clarividentes ejemplos musicales, de Robert Schumann, Franz Liszt y César Franck y, aprovechando el parentesco con Liszt, aún tuvo adecuadas explicaciones para definir la obra de Ricardo Wagner, pese a que éste no tuviera cabida propia en una historia de la música de piano.

A la vez que el romanticismo producía sus últimos y más espléndidos frutos con los dramas líricos de Wagner, se ensayaban en países retirados de Europa (Bohemia, Noruega, Hungría, Rusia) nuevos procedimientos musicales: Grieg, grupo de “los cinco”, Modesto Moussorgsky y Alejandro Borodín. A ellos dedicó Diego buena parte de su discurso, interpretando luego los originalísimos “Cuadros de una Exposición” y “Gopak” de Moussorgsky y las mazurcas y serenatas de la “Petite Suite” y el “Scherzo” de Borodín. Pero donde realmente asombró el joven poeta fue al ocuparse de Alejandro Scriabin, compositor ruso que, por entonces, apenas hacia seis años que había fallecido; dijo de éste que pasó de ser “un imitador elegante de Chopin” a representar “uno de los aspectos más audaces del arte contemporáneo”, algo que el público pudo comprobar al interpretar Gerardo varios de sus preludios.

La inexistencia de lagunas oscuras en el conocimiento musical del profesor quedó una vez más en evidencia en la décima lección, impartida el sábado 7 de mayo.

En esta ocasión, dedicó su tiempo, también en exclusiva, al músico francés Claudio Debussy, muerto en 1918. De Debussy destacaría su originalidad, su recóndita y delicada sensibilidad, el ambiente sonoro de su atmósfera y su melodía, que comparó con “una humarada esfumada e indecisa”. El 14 de mayo, Gerardo Diego habló de Igor Stravinski, del italiano Malipiero, del inglés Goossens o de los franceses Paul Dukas y Eric Satie. Habló también, ya en la segunda parte, de Maurice Ravel quien, muerto Claude Debussy, pasaba por ser el músico más admirado.

La sesión del sábado 21 de mayo, la penúltima ya, estuvo dedicada a la música española de autores fallecidos. Gerardo Diego, después de hacer un breve resumen de aquella y de ensalzar la obra de los viejos maestros (organistas, vihuelistas y clavecinistas), se ocupó del renacimiento musical, debido en gran parte a la labor de folkloristas y musicólogos tan eminentes como el burgense P. Olmeda y F. Pedrell, del que dijo puede ser considerado como el maestro de toda la actual generación de compositores. D disertó entonces en torno a Isaac Albéniz, a Enrique Granados y al donostiarra José M.<sup>a</sup> Usandizaga, y de todos ellos interpretó precisos fragmentos de sus obras más representativas.

Finalmente, el 30 de mayo y en su última sesión, se ocupó de los músicos contemporáneos españoles y, especialmente, de Manuel de Falla. Habló del sevillano Joaquín Turina –“uno de nuestros jóvenes maestros más

cultos y laboriosos”-, del levantino Oscar Esplá –“músico orquestal, autor de obras muy sólidas y originales”-, del cultísimo musicólogo y crítico Adolfo Salazar –al que además de atribuirle la orientación de las sociedades musicales españolas hacia la modernidad inteligente y progresiva, le hacía responsable, como así era, de “ensayos de composición en los que se muestra como el más audaz de nuestros músicos”-, del P. S. Sebastián y, en fin, del santanderino Antonio de Gorostiaga, tan joven como Diego y autor de “La Danza Montañesa”, parte de una “Suite” inédita que nuestro catedrático interpretó con un cariño especial. En la segunda parte, “después de agradecer a los ateneístas y a las damas invitadas el concurso de su asistencia durante el curso”, pasó Diego a explicar la personalidad y la obra de su admirado Manuel de Falla. Recordó su formación musical en Cádiz, Madrid y París; su triunfo en España y en el extranjero y la consagración definitiva por la crítica y los públicos más cultos del mundo con motivo del estreno de “El sombrero de tres picos”. Y tras todo ello interpretó Gerardo las cuatro “Piezas Españolas”, cuya variedad y ricos contrastes gustaron mucho, mas el público se entusiasmó de formas especial con la prodigiosa interpretación de los fragmentos seleccionados de “El Amor Brujo”.

El curso no podía acabar sin un brillante cierre por parte de Alfredo Gómez Robledo, como presidente del Ateneo. Con cordialidad y admiración, dio públicamente las gracias al conferenciante por la inmensa tarea que vo-

luntariamente se había impuesto y por la brillantez con que la había resuelto. Y, tras desear que la sensibilidad, el talento y la laboriosidad del joven profesor surtieran de inmediato frutos preciosos que honrasen su nombre, felicitó al Ateneo “por haber dado lugar a que en su seno se hubiese desarrollado una serie de lecciones tan notables”.

Mas el broche final lo pondría, unos meses después, el mismísimo Adolfo Salazar, quien publicó en *El Sol*, dentro de su habitual columna titulada “La vida musical”, una crónica referida al “recitado con piano” aludiendo, al mismo tiempo, al libro que bajo ese título acababa de editar en Barcelona A. de Alberdi y a la tarea de nuestro Catedrático. De éste escribió Salazar lo que sigue:

*Pero ¡qué difícil encontrar un músico, entre nosotros, que sienta vibrar su lira al soplo de la poesía moderna! Entre poetas, en cambio, el caso análogo es más frecuente. Con todo, creo único el de Gerardo Diego, que a la par de ser uno de los poetas de nuevo cuño y más rico metal, es un pianista excelente que cultiva “toda” la historia de esa literatura musical. Cuando pueda ocuparme de Gerardo Diego como poeta y hablar de la esencia musical de la poesía moderna (musical por semejanzas de estructura, no por canturreos melódicos), será el momento de explicar este caso raro de poeta y músico en una pieza y no al modo -¡Dios nos libre!- de los musicadores de sus propias poesías.*

*Gerardo Diego, poeta, es catedrático de Literatura. Músico, ha dado en la ciudad en que profesa (Soria), un curso de historia de la música de piano. (¿Cuántas rarezas juntas van ya?) Su curso estuvo dividido en trece sesiones, de las que él mismo fue el intérprete.*

Pasado el tiempo, a los sorianos nos queda el honor de que en nuestra casa, en el mismísimo “paseo de portales” del Collado, el gran Gerardo Diego impartiera, en clara prolongación de su recién estrenada Cátedra, una experiencia didáctica sin par y que un diario de la época, *El Avisador Numantino*, fuese sensible a ese hecho y albergara en sus páginas crónicas musicales, justas y armónicas, dignas de tan selecto y eminente profesor. Nadie puede ya contar de palabra aquellos momentos, aquel fluir poético y musical, lleno de sensibilidad y conocimiento, derivado del entusiasmo que sólo la juventud proporciona; mas, sin embargo, nos quedan las “benévolas reseñas de la prensa local” de las que aquí, con respeto, nos hemos servido.

Y volvió Gerardo a iniciar su segundo curso completo en Soria (1921-1922) y lo hizo con aires renovados y con un nuevo proyecto, “fantástico y maravilloso”, en la cabeza: una serie de representaciones del Teatro Español –del siglo XV al XIX- precedidas de sus correspondientes conferencias, cuyo desarrollo fue casi tan brillante como el curso precedente. Mas, permítasenos también, que en esta ocasión les remita a la obra referencia de esta humilde charla.



## VIII

Los dos cursos de Gerardo Diego –de la música de piano y del teatro español– nos hacen recordar que entre las muchas conferencias impartidas y escuchadas en el Ateneo de Soria se intercaló, de vez en cuando, interesantes veladas musicales y teatrales en las que, de forma generosa, participaron la inquieta juventud soriana del momento. Ya se reseñó, en breve cita, el concierto de piano, en 1883, de Luisa Vandevallé; y el estreno, en el mismo año, de la zarzuela “Los Artesanos” de Nicolás Rabal, en su texto, y de Juan Pérez, en su música. Y se mencionó antes al maestro Damián Balsa (1850-1925) y a las cantantes Amelia Valle y Enriqueta Aceña. Y no se han de olvidar los conciertos de piano de Victoria Falcó, en distintos momentos de 1918 y 1919; como tampoco las conferencias musicales de Blas Taracena, sobre el teatro de Ibsen y la música de Grieg, en colaboración con el pianista, y Presidente del Casino de Numancia, José Casado; y desde luego, no seremos nosotros quienes no recuerden el trabajo de José Tudela y Bernardo García Ballenilla recuperando las canciones populares sorianas.

## IX

Con todo, una de las mayores realizaciones que el Ateneo de Soria aportó a la vida cultural de la ciudad –aparte de servir de fuente de inspiración en el surgimiento de otras ideas similares como el Ateneo Republicano, el Ateneo de Divulgación Social o el Ateneo Republicano Radical Socialista- fue la creación y puesta en marcha de su Biblioteca, tanto fija como circulante. Arrancó ésta el 1º de noviembre de 1918, con los libros que José Tudela, Blas Taracena, Mariano Granados y Luis González depositaron en el Casino y con los que estos mismos, y Leopoldo Ridruejo, Gervasio Manrique, Antonio Bastos, Santiago Gómez Santacruz, Jerónimo Rubio, Antonio Abad, Julio Arroyo y Ernesto Ragazzi, donaron a la institución. Desde entonces se inició una larga, continua y periódica tarea de adquisición de libros –con la compra de más de quinientos ejemplares- por lo menos hasta el 10 de enero de 1933, día en que se hizo frente a la última factura conservada, presentada por

Librería Española y Extranjera de Francisco Beltrán (Príncipe 16, Madrid), a cuenta de los ejemplares *Delito y Libertad* de Ruiz Funes, *Libertad de amar* de Jiménez de Asúa, *Diario de viaje de un filósofo* de Keyserling y *Excursión a Numancia pasando por Soria* de José Ramón Mélida.

Antes, ya desde junio de 1918, se iniciaron suscripciones a revistas como *Ibérica*, *Industria Primaria*, *Revista de Filología*, *Revista de Derecho Privado*, *Revista de Libros*, *La Lectura*, *La Nature*, *Boletín de la Sociedad de Excursiones*, *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, *Pediatría Española*, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, *El Economista*, etc., revistas que, por lo demás, habían sido sugeridas por los gustos, las necesidades o los deseos de aprendizaje de los asociados. Y en este sentido, resulta muy interesante la datación del último recibo de estas suscripciones pues nos lleva hasta el 1º de abril de 1936, momento en que se pagó a Salvat editores la suscripción anual de la revista semanal ilustrada *Ibérica*.

El cuaderno-registro que tuvimos la suerte de localizar en la actual Biblioteca Pública de Soria, con el simple título de “Ateneo” y con 52 páginas manuscritas repletas de referencias bibliográficas, nos permitió contabilizar un total de 560 títulos de libros y 21 de revistas, lo que bien podría traducirse en un millar de volúmenes que estuvieron siempre a disposición de los socios de aquel Ateneo. En cualquier caso, como en su día escribimos, la Biblioteca del Ateneo de Soria era, en aquellos años del primer tercio

del siglo XX, “un armario de libros”, situado en algún rincón del viejo Casino de Numancia; mas hemos de pensar que nunca dejó de tener lectores; que, en la medida de las posibilidades de la entidad que la sostenía, nunca dejó de crecer; y que, sin duda, ayudó a la madurez intelectual del selecto grupo de sus asociados, de igual manera que sirvió para que todo un Catedrático de Lengua y Literatura como el propio Gerardo Diego pudiera leer en ella toda la prosa social del gran Pío Baroja.

Sería fácil, pueden imaginarlo, formular aquí preguntas retóricas y existenciales de a dónde fueron a parar todos y cada uno de aquellos singulares libros y todas y cada una de aquellas pretensiones ateneístas, mas no cabe otra cosa que volver al principio de esta modesta charla y repetir, otra vez, que todo acabó con la guerra, al menos, todo lo relacionado con el Ateneo. Empero, a nosotros, reunidos en el mismo edificio que durante tanto tiempo sirvió de almarío al alma de aquél, nos queda la memoria, la memoria que todo pueblo necesita para vivir más allá de la Historia.



# Primera relación de socios del Ateneo de Soria (mayo de 1918)

1. Adán Alonso de Armiñano
2. Felipe Andrés
3. Juan Aparicio Lapuerta
4. Joaquín Arjona
5. Fulgencio Arnaiz
6. Julio Arroyo
7. Pelayo Artigas
8. Agustín Asenjo
9. Carmen Asenjo
10. Germano Balda
11. Eduardo Ballenilla
12. Antonio Bastos
13. Tomás Brieva
14. Herminia Cabrera
15. Adolfo Cabrerizo
16. Mariano Cabruja
17. Eusebio Cacho
18. Jesús Campos
19. Eloy Carmona
20. Román Carnicero
21. Ignacio Carrascosa
22. Ángel Carrillo
23. José Casado
24. Rosario Castañer
25. María Castillo
26. Aniceto Cervero
27. Pedro Chico
28. Domingo Corton
29. Gregorio Cuevas
30. Moisés de Benito
31. Enrique de Ceballos
32. Isabel de Ceballos
33. Pedro Delgado
34. Isidoro Díez Canseco
35. Manuel Esponera
36. Tirso Febrel
37. Manuel Fernández Manrique
38. José Fresnedas
39. Saturio Fresnedas
40. Lamberto Frías
41. Julián Garcés
42. Joaquín García Alcañíz
43. Antonia Gil
44. Alfredo Gómez Robledo
45. Santiago Gómez Santacruz
46. Luis González
47. Octavio González
48. Mariano Granados
49. Félix Hernández
50. Luis Herrera
51. Mariano Íñiguez
52. Mariano Javierre
53. Basilio Jiménez
54. José Jiménez
55. Ángel Lacalle
56. Julián Lafuente
57. Felipe Las Heras
58. Octavio Lezón
59. Mariano Lillo
60. Manuel Loro

61. Luis Llorente
62. Sotero Llorente Lapuerta
63. Ildefonso Maés Sevillano
64. Antonio Marco
65. Gervasio Manrique de Lara
66. Fernando Manso
67. Estanislao Martínez
68. Sixto Menéndez
69. Julio Molina
70. Ángel Moreno
71. Diego Moreno Peral
72. José Nevot
73. Eduardo Obregón
74. Andrés Orte
75. Raúl Otlet
76. José Pacheco
77. José María Palacio
78. José María Pascual
79. Eduardo Peña
80. Petra Peña
81. Pascual Pérez Rioja
82. Anselmo Plaza
83. Joaquín Portero
84. Manuel Portugués
85. Luis Posada
86. Ricardo Pradells
87. José Prades
88. Teodoro Ramírez
89. Bernardino Ridruejo
90. Leopoldo Ridruejo
91. Epifanio Ridruejo Barrero
92. Epifanio Ridruejo Botija
93. Mateo Rioja
94. Tomás Rivas
95. José María Rodríguez
96. José Ropero
97. Jerónimo Rubio
98. Nicasio Ruiz
99. Rafael Sainz de Robles
100. José Salazar
101. Pedro San Martín
102. Hilario Sánchez
103. Concepción Sánchez Madrigal
104. Félix Sánchez Malo
105. Anselmo Sanz
106. Eloy Sanz Villa
107. Blas Taracena Aguirre
108. Blas Taracena Ispizua
109. Ricardo Tovar
110. José Tudela
111. Alfonso Velasco
112. Aurelio Vicén
113. José Vicén
114. José Viena
115. Anastasio Vitoria
116. Eduardo Yusta
117. José María Zabala

# Última relación de socios del Ateneo de Soria (octubre 1935)

1. Manuel Alba Pardo
2. Juan Álvarez Soria
3. Rafael Arjona
4. Pelayo Artigas y Corominas
5. Emilio Baeza
6. José María Barbero
7. Alejandro Barquero
8. Florentino Blanco
9. Juan Brieva
10. Aurelio Bourgeal Vazquez
11. Adolfo Cabrerizo
12. Miguel Calderón
13. Jesús Calvo
14. Julio Carretero
15. Aniceto Cervero
16. María Cruz Gil
17. Pedro Delgado
18. Saturio Fresneda
19. Julio Garbayo
20. José García Calavia
21. Enrique García Carrilero
22. Antonio García Monedero
23. Segundo García Romero
24. Juan Antonio Gaya
25. Aurelio González de Gregorio
26. Alfredo Gómez Robledo
27. Santiago Gómez Santacruz
28. Felipe Las Heras
29. Saturio Las Heras
30. Mariano Íñiguez
31. Conrado Jimeno
32. José López Vargas
33. Felipe Lucenas Rivas
34. Alfredo Llorente
35. Ildelfonso Maes Sevillano
36. Primo Marco Gómez
37. Ángel Martín Gonzalo
38. Amilcar Martín Jarque
39. Ángel Martínez Borque
40. Julio Martínez de Toro
41. Joaquín Martón Poblador
42. Enrique Menchero
43. José Mendoza Esteban
44. Evaristo Miguel Alcalde
45. Carmelo Monzón
46. Guillermo Mur Esteban
47. Mariano del Olmo
48. Pedro Osorio de Moscoso
49. Prudencio Ortiz
50. Juan Pastora
51. Eduardo Peña
52. Felipe Pérez y López
53. Agustín Pérez Tomás
54. José Antón Pacheco
55. Anselmo Plaza
56. Samuel Redondo
57. Leopoldo Ridruejo
58. Cesar del Riego
59. Miguel del Río
60. Gerardo Rodríguez Salcedo



61. José Roperó (H)
62. Rafael Sainz de Robles
63. Luis Sánchez
64. José Sánchez
65. Pedro San Martín
66. Luis Santamaría
67. Concepción Sánchez Madrigal
68. Mariano Savierre
69. Eugenio Smet
70. Miguel Suñer
71. Blas Taracena Aguirre
72. Blas Taracena Ispizúa
73. Pascual Tello
74. José Tudela
75. Jesús Urrutia Castillo
76. Clemente Valladares
77. Eusebio Vera de Nicolás
78. Manuel de Vicente y Tutor
79. Joaquín Ximénez Embrun
80. Marino Zaforas



# Índice

Presentación .....	7
El Ateneo de Soria .....	11
Primera relación de Socios del Ateneo de Soria (mayo 1918) .....	70
Última relación de Socios del Ateneo de Soria (octubre 1935) .....	72

*Este libro, texto de la conferencia inaugural  
de la 5ª época del Ateneo de Soria,  
se acabó de imprimir el día 4 de diciembre de 2009,  
Festividad de Santa Bárbara.*



